

Uno de los *descubrimientos* más escalofriantes del hombre, es el *darse cuenta de que vive*. Porque sólo el hombre, sobre este mundo poblado de vidas, hace el gran descubrimiento de su vida.

Todas las cosas, como los torrentes, vienen, fluyen y se hunden, «y en el intermedio, resuenan y pasan».

Pero las cosas, las puramente cosas, no se oyen resonar. Incapaces de saber que hacen ruido, lo hacen para otros, y —ciegas de sí mismas— se agotan.

El animal se oye su ruido. Pero no sabe su ruido. Vive sin saber que vive. Se despliega y pasa.

Vive. ¿Qué es vivir? Desarrollarse. Hacerse inmanentemente. Desplegar las respectivas posibilidades, y pasar.

Pero lo impresionante no es vivir. Lo estremecedor es saber que se vive. Saber, terriblemente, que vamos como torrente de lluvia a parar al abismo, y que en el intermedio, resonamos y pasamos!

«Como el torrente reúne las aguas de la lluvia y rebosa, salta, corre, y corriendo se desagua, es decir, acaba su carrera; así es toda la carrera de la mortalidad... ¿Qué cosa no corre? ¿Qué cosa no va como torrente de lluvia a parar al abismo...? Y en el intermedio resuena y pasa...» (1).

Vivo en el tiempo

Estar aquí *sabiendo que no estaremos*. Que vamos a caballo del tiempo sin poder detener el tictac incesante que enumera nuestro correr dejando detrás jalones y jalones y trayendo sin descanso, como en película que no se puede cortar, nuevos hitos hasta la meta, que será, pero que no sabemos cuándo.

Amanecer, cenit, ocaso. Y otra vez amanecer, cenit y ocaso. Acuciando. Siempre. Con el antes y el después llevándonos en medio a nosotros, irreposables entre el ser

LA ALEGI

que fue y el ser que no será. ¡Zozobra del tiempo!

«Mientras pronuncio sílabas, si pronuncio dos, una no suena hasta haber pasado la otra. En una sola sílaba, si tengo dos letras, la última no suena sino después de haber pasado la primera. ¿Por tanto, qué es lo que tenemos...?» (2).

La antorcha olímpica es un símbolo. Dura la antorcha lo que dura la carrera, Pero en nosotros *es nuestra biología la que dura y la que arde*; nuestro vivir biológico que se quema con nuestro mismo rozar el mundo.

Y, mientras, se va consumiendo.

La extinción trae la muerte, y la ciencia de que vivir es desvivirse.

Apresar la vida

Consciente de esta autodestrucción y fuga, el hombre quiere apresar la vida que el tiempo le depara. Por eso decimos: «vivir mi vida; gozar de la vida». Con un avariento empeño de encender hasta la última chispa el gozo de esta pasajera estrella.

En nosotros es esto una preocupación porque los hombres somos los únicos seres capaces de beatificarnos. Es más. *Los hombres somos los únicos seres «para quienes vivir no es lo mismo que vivir felizmente»* (3).

Porque somos los únicos que hacemos nuestras vidas: mientras que en los demás seres la vida se hace.

Para nosotros cada momento a más de una autodestrucción, trae una encrucijada de cien

Y EL TERROR DE

A DE ESTAR VIVO

J. Ramón Bldagor S. I.

caminos, que son cien posibilidades de victoria y derrota, de suerte o fracaso, de luz o de noche. Para nosotros cada minuto es el comienzo de un drama: drama de querer hacer nuestro destino, los que no elegimos el destino de vivir.

Para la muerte

Nuestra fuga empuja a la angustia.

Nos hacemos; y haciéndonos nos autodeshacemos. ¿Para qué? Para irnos definitivamente. *Somos para la muerte*

Y esto sin remedio. Porque el hombre Kant y el hombre Sidarta, lo mismo que Kierkegaard y Spinoza, aunque anhelan no morir; aunque hagan una filosofía que se debate con la muerte, saben que se mueren. Y por eso la hacen. En una agonía —combate— con lo que ha de ser, aunque a brazo partido quisieran que no fuese.

Tremenda muerte que «estás aquí, en nuestra compañía, cara a cara, a la hora de levantarnos del lecho, a la hora del trabajo, a la hora de la comida, a la hora del paseo, a la hora del acostarnos...» (4).



VIVIR

Tremenda muerte que estás aquí y estás en la historia; y estás en el árbol de mi familia cuyo sucesivo frutecer es sobre las flores de bisabuelos, abuelos, padres... dando tono de *dinámica tragedia* aun a lo más entrañable: los hijos.

«Dime: ¿Te han nacido los hijos en la tierra para vivir contigo, o más bien para excluirte y sucederte...?» (5).

Quiero la vida perdurable

Y tan cierta como la muerte es nuestra antiresignación con ella.

Nuestro eternismo.

¿Por qué? ¿Por qué esa *perenne morriña de eternidad* en el género humano?

Porque me sé vivo, aprecio la vida. Porque la aprecio no quiero dejarla. Toda alma está en deseo vivo de eternidad. Toda alma y todo hombre. Es un deseo total. Yo, me quiero eterno. Yo; mi sentir y mi saber y mi vegetar. Yo cabeza, tronco... Yo intelectual y volitivo... me quiero, así, como soy y no otro, eterno.

Es esto tan experiencial que no pide silogismo. Sencillamente es.

Y si es, ¿será factible?

¡Señor, Señor! Qué ansia de respuesta afirmativa!

Ese hombre *Unamuno*, tan agraz, tan excesivamente humano que pierde cauce, es una palpación gritante de este deseo. Titánico en su sed de eternismo; rebelde ante su limitación, exige una respuesta afirmativa. Y él mismo se fabrica a Dios, porque *sin Dios no hay eternidad*, y Unamuno quiere ser eterno.

¡Pero, Señor, mi simple querer puede fabricar al que dé respuesta afirmativa a mi deseo? Si tal es la solución, el desenlace trágico fácilmente se adivina: Si soy yo el que hago, con mi querer, a Dios eterno, yo soy eterno. Nadie da lo que no tiene. Y si soy eterno, ¿para qué ya Dios?

(1) San Agustín: In Ps. 109, 20 ML. 37, 1462.

(2) San Agustín: In Ps. 76. 8 ML. 36, 976.

(3) San Agustín: De Gen. 1, 5, 10. ML. 34, 250; Conf. 13, 4, 5. ML 32, 846.

(4) Zunzunegui: «Supremo bien». Edit. Aguilar. p. 441.

(5) San Agust.: In Ps. 127, 15. ML 37, 1686-1687.

Y aún cuando la sinrazón emocionante de aquel hombre Unamuno desprecie mi lógica, yo me quedo con el problema, y sigo queriendo ser eterno. Y no sé si puedo serlo.

¿Soy un muñón de eternidad? ¿Un brazo sin mano siempre tendiendo y siempre sin asir? Agitada y turbia problemática de aquel donquijotesco don Miguel, que goza dejando al alma en la desequilibrada lucha consigo misma y con sus deseos.

Pero tenía que ser así.

¡Porque para Unamuno Dios estaba muerto! (Diré más: Unamuno era él mismo para sí su Dios). Por eso quería —«El Sepulcro de D. Quijote»— «ir a buscar el sepulcro de Dios... y esperar allí dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite, y nos salve de la nada...».

¿Y si Dios no resucita? Entonces... ¿Qué somos ¿Cómo vivimos?

¡Terror de vivir «sin saber dónde vamos ni de dónde salimos» Terror de morir: «¿Qué es estar sin estar en la otra vida? ¿Es posible vivir con esta herida / de no saber a dónde y cómo vamos...?» (6).

El terror de estar vivo

El terror de estar vivo es, *en definitiva, terror de morir*. Terror al misterio que nos acecha como ladrón detrás de cada minuto. Zozobra ante la fuga de nuestro subsuelo.

«Lo que es cada hombre apenas lo sabe ni él mismo. Pero lo que será mañana, no lo sabe ni él mismo» (7).

Esta parece la tragedia de los que existimos, llamados a vivir «prisioneros de un contorno inexorable»: Debatirnos horrorizados (como en el Castillo de Kafka) bajo el peso de una incógnita inicial y postrera cuya llave no poseeremos jamás.

Ni puede ser de otra manera, si Dios — como grita en las encrucijadas de nuestro tiempo el desdichado y nada auténtico Sartre— ha muerto.

Sin Dios nuestra vida es una alocante caída en el vacío. Sin Dios nuestra entrada, para caer cautivos del mundo, se hace por la

(6) J. A. Vaca de Osma. Sonetos. «Ancla en la tierra».

(7) S. Ag.: Serm. 46, 8, 18. ML 38, 280.

trágica puerta del Dante «Dejar, los que aquí entráis, toda esperanza» (8).

Sin Dios. ¿Pero con Dios?

¡Creo en Dios!

Sin entrar en lo íntimo de sus filosofías, clamemos que estos angustiados de hoy nos han hecho a Dios más necesario que nunca.

¡Oh sí! Las voces de suprema invocación son hoy como nunca obligadas para que vuelva Dios sobre el mundo! Para que nos diga que está con nosotros; que *la Vida es Él, que la da Él, Y QUE LA DA ETERNA!*

¡Creo en Dios! ¡Creo en mi Padre Dios! Grito feliz. Creo que salido de las manos de Dios por puro amor, mi vivir en gracia es navegar dentro del mar mismo de Dios que sostiene mi flotar y me sopla la vela. Y creo que el arribo, tras la boga perseverante en su amor, es a las playas del Eterno Corazón, terminada una navegación que fue sueño.

Creo en Dios. Creo que está rodeándome, llenándome. Que Él me trae la muerte, que no es otra cosa que apresar esta mano mía

siempre tendida a la plenitud y al eterno Ser, para introducirme en el reposo suyo.

Y creo más. Creo que *desde ahora soy eterno* y que viviré siempre porque AHORA VIVO. Vivo vida intelectual y biológica, pero vivo más: VIVO LA VIDA DE DIOS. Y como Dios no puede morir, yo tampoco me moriré.

«*Anoche cuando dormía, | soñé, bendita ilusión, | que era Dios lo que tenía | dentro de mi corazón...*»

Pero no es sueño. ¡Cristianismo en fe viva! Saber que llevamos como riego sanguíneo de nuestra vida la misma vida de Dios.

¿Por imitación? No. Por realidad divinamente misteriosa. «*Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí*» (Gal 2²⁰).

¿Cómo nos cuesta creer lo que es *la base de nuestro inalterable gozo!* ¿Por qué no descendemos a las hondas cuevas donde están los mejores vinos del cristianismo, y allí nos embriagamos con la Verdad? Inconcusa. Positiva. Innegable. ¡Ojalá la dé Dios a vivir

(8) Divina Comedia 3, 9.

«*Tarde te amé, hermosa a tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de Ti aquellas cosas que, si no estuvieran en Ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera: brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por Ti; gusté de Ti, y siento hambre y sed; me tocaste y me abrasé en tu paz.*

Cuando yo me adhiere a Ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí y mi vida será viva, llena toda de Ti. Mas ahora, como al que Tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo porque no estoy lleno de Ti.

Contienden mis alegrías, dignas de ser lloradas, con mis tristezas, dignas de alegría, y no sé de qué parte está la victoria. Contienden mis tristezas malas con mis gozos buenos, y no sé de qué parte está la victoria...»

(San Ag. Conf., X, 27 y 28)

más y más para que el gozo estalle en la Iglesia!

Vivimos por la gracia la misma vida divina. *Esa vida que en Dios es conocimiento (Verbo), y amor (Espíritu Santo)*; y que nosotros hacemos nuestra por la fe (conocimiento) y la caridad (amor).

La tenemos dentro. Invisible pero real. Río subterráneo y maravilloso que aviva todo mi espíritu inmortal. «*Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos*» (J 15^o). No es metáfora pura. La misma savia de la Cepa, Cristo, me vivifica a mí, el sarmiento; en una perfecta unidad.

Así vive Dios en mí. En mi seno profundo «más entrañable a mí que mis mismas entrañas»; infundiéndome su principio sobrenatural. Y por eso mi fe ya no es humana. Es divina. Y ya mi amor, no es mío solo. Es de Dios. Porque yo soy participante de la divina naturaleza; de su Ser y Vida divinas.

A los hombres, a quienes gusta meterse dentro de sí para bucear su intimidad, ¿por qué se les oculta esta *fuentes de dicha que salta hasta la vida eterna?*

El misterio inefable de la vida, es, más que saberse vivo, saberse viviendo en Dios, de Dios, con Dios y por Dios. Más aún: viviendo vida de Dios, e incapaces de entendernos hasta el fondo de nuestro ser sin Él.

La alegría de vivir

La hora feliz que señale este supremo hallazgo, ha señalado también el fin del terror y el amanecer del gozo.

Entonces la vida ha cambiado de luz. Soy un peregrino gozoso a quien la vida le canta dentro esperando reventar. Siento en mí como la alegría estremecedora de la tierra que presiente la fecundidad a medida que el frío, la nieve y el invierno pasan sobre ella.

«Dame consuelo oír el reloj: porque me

parece que me allega más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de mi vida» (9).

Y de ninguna manera soy un caminante triste. Es verdad que me aprieta la finitud; más aún la forja de mi destino; y que el corazón tiene el rugido de la inquietud «hasta que descansa en Ti», pero me vive la vida y me canta la esperanza.

Pasa el tiempo, pero hay una eternidad anclada en mis entrañas. Sólo hay que buscarla; y encontrarla. Y encontrada, guardarla. Y se guarda viviéndola. Aferrados a mis ojos, los ojos de Dios: *vivir en Fe*. Clavado en mi pulso, el latido del Corazón de Cristo; *vivir en Caridad*. Dando a luz con una paternidad constante «a la esperanza, para ser mañana el hijo de mi esperanza» (10).

¿Tarda la vida? ¡Sal a su encuentro!

Y por el río de la existencia que camina al no ser, cambia la proa de tu barca. *Vive al revés. Hacia el Único Ser, Forma y Eternidad*, cuyo hontanar llevas en ti mismo. No hacia fuera, sino hacia dentro, en divina paradoja. Porque Él nos ha dado un agua que es «*fuentes de dicha que salta hasta la vida eterna*» (J 4^a).

Se ha dicho hermosamente:

Otra vida me aguarda.
La que yo llevo dentro.
Como la vida tarda,
he salido a mi encuentro.
Largo fluir dichoso
límite pensativo.
Yo os digo que es hermoso
el paisaje en que vivo;
y que veré mañana
otro paisaje. Amad
la muerte, esa ventana,
que da a la eternidad (11).

(9) Santa Teresa: Vida, XL, 20.

(10) S. Ag, In. Ps. 131, 19, ML 37, 1724.

(11) R. Montesinos: Cuader. Hisp.-Americanos Sept. 1954.

CATOLICISMO AUTÉNTICO

La misión divina que la Iglesia cumple entre los hombres y que debe cumplirse por medio de hombres puede ser oscurecida por el elemento humano, a veces muy humano, que brota por temporadas, como cizaña en medio del trigo del Reino de Dios...

En nuestra Encíclica sobre el Sacerdocio, y en aquella sobre la Acción Católica, con ardiente insistencia hemos llamado la atención, de todos los que pertenecen a la Iglesia, y sobre todo de los eclesiásticos, de los religiosos, y de los seglares, que colaboran en el apostotado, sobre el sagrado deber, de armonizar fe y conducta, como exige la ley de Dios y pide la Iglesia con incansable insistencia.

También Nos, repetimos con gravedad profunda: no basta estar inscritos en la Iglesia de Cristo; es preciso ser en espíritu y verdad miembros vivos de esta Iglesia. Y esos son solamente aquellos que están en la gracia del Señor, y continuamente caminan en su presencia, sea por la inocencia, o por la penitencia sincera y de obra...

Sólo así se demostrará a los hombres de hoy y en primera línea a los opositores de la Iglesia, que la sal de la tierra, la levadura del cristianismo, no ha llegado a ser ineficaz, sino que tiene poder para llevar la renovación espiritual y el rejuvenecimiento, a aquellos que están en la duda y en el error, en la indiferencia y en el descarriamiento espiritual.

Una cristiandad... que se adhiere seriamente a los mandamientos de Dios y de la Iglesia... podrá y deberá ser ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo, que busca sostén y guía...

Toda reforma genuina y duradera ha tenido origen precisamente en la santidad, en hombres inflamados y movidos por el amor de Dios y del prójimo...

**PIO XI Mit brennender Sorge (contra el racismo)
AAS. 20 (1937) pp. 175-76**